Malinche: juego de espejos

Rosa María Zúñiga

Pensar a la mujer en la cultura, inmediatamente nos hace hablar de nuestro pasado histórico, en el que aparece "La Malinche". Indígena tan nuestra, tan conocida pero profundamente desconocida, cuyo desconocimiento es problema de todos porque nació en la historia de México como figura referida.

Uno

Hace poco entregué al Instituto Nacional de Antropología e Historia mi libro titulado *Doña Marina: la ausente siempre presente*. Lo titulé así porque, irónicamente, de la famosa "lengua" no se tienen registros. Su ausencia está presente en cada parte de la historia de México porque sus creadores discursivos no la dejan desaparecer. A ellos les debemos el empeño de una construcción de imagen mítica de mujer-símbolo de la raza mexicana que funda una identidad controversial de nuestra historia.

De los primeros tres hombres que dieron datos sobre ella, dos la conocieron personalmente, y el tercero escribió lo que le contaron. Todos hablaron sobre ella y esta característica la hizo nacer como personaje referido. Hernán Cortés la menciona en dos párrafos, Francisco López de Gómara le dedica ocho citas, y Bernal Díaz del Castillo aclara informaciones que considera falsas y hace un apartado especial para explicar quién fue La Malinche.

Con ellos nace el nombre de *doña Marina*, a quien le modifican los atributos que la mutilan o engrandecen. Su nombre abre perspectivas de diseño y su figura se vuelve ambigua, oscura y tergiversada, porque "desaparece" en los textos, pues sus creadores usan el nombre con el indicador: "Doña Marina dijo", que guía a verificar las acciones referidas que también se encuentran cuando se lee "Cortés les dijo por la lengua" o bien sólo "Cortés dijo". Esta pequeña huella textual permite rastrear a La Malinche adaptando diálogos, entrevistas y decisiones que verifican sus comportamientos reales.

A Hernán Cortés[1] le fue entregada La Malinche el 15 de abril de 1519, en Centla, junto con otras diecinueve esclavas. Cortés, en sus *Cartas de relación*, asegura que el despliegue de conversaciones las hizo él directamente pero, en realidad, fue doña Marina quien propició los diálogos que condujeron a aproximar a españoles e indígenas. Esto se ve claramente cuando Cortés narra una experiencia desconcertante que tuvo con los indígenas, que durante tres días no le dirigieron la palabra, y alude a la ayuda de doña Marina de la siguiente manera:

> Y estando algo perplejo por esto, a la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra, que hube en Potonchán [...] le dijo otra natural de esta ciudad cómo muy cerca de ahí estaba mucha gente de Moctezuma [...] para matar a todos, y si ella quería salvarse que se fuese con ella, y que ella la guarecería y, lo cual le dijo a aquel Gerónimo de Aguilar, lengua que yo hube en Yucatán.[2]

En este párrafo se refleja la mención que hace de La Malinche, pero también la decisión que ella tomó al recibir la información, pues bien pudo omitirla y permitir combatir a los indígenas sin que los españoles se enteraran, o reintegrarse a la sociedad indígena sin conflicto, o permanecer con los hispánicos, que fue su decisión final.

Los motivos que Cortés tuvo para excluirla seguirán siendo suyos, pero al citarla de manera referida encubre las múltiples causas y efectos producidos por los discursos de doña Marina en la enorme empresa de conquista verbal que quedó bajo su responsabilidad.

Tal vez, reconocer el respaldo recibido pudo comprometerlo a explicar la enorme dependencia de una mujer indígena que lo llevó a obtener el éxito por medio de sus estrategias verbales. Ella, con su sentido del mundo mesoamericano, indujo el triunfo de la invasión y no fue deja-

da en el anonimato. Al contrario, Cortés aceptó públicamente su bigamia, con el riesgo que implicaba, en aquel entonces, ser impugnado por la Iglesia, y reconoció ser su amante y padre de su hijo para asegurarle un lugar social que la llevó a ser terrateniente.

Este gesto de estima lo amplió al desposarla con un caballero hispánico a sabiendas de ser él mismo el causante de su embarazo. Pero ese aprecio público también fue reconocido por el pueblo prehispánico, que le cambió el nombre a Cortés y es Xicotencatl, en Tlaxcalla, quien lo llama *Malinche,* por andar siempre al lado de doña Marina.[3]

Dos

Pero doña Marina, como prototipo de la mujer indígena del siglo XVI, no es más que un mínimo modelo de representación social en el contexto de conquista, porque en realidad hubo otro que fue impuesto a las otras mujeres, también instrumentos de la misma dominación. En este modelo, nunca hubo una reciprocidad en el intercambio y en los servicios, sino que la mayoría de las indígenas al ser violadas y anuladas como seres humanos se hicieron parte del reflejo europeo que trajo consigo la actitud del "yo conquisto".

Actitud de un ego violento, guerrero, victimario, que siempre va unido al "yo sexo".[4] Ego fálico que instituyó la violencia sexual, en la cual a la mujer indígena la hicieron objeto pasivo, un no-falo, castrada. Sólo le restó quedarse en posición pasiva para verse reducida vergonzosamente ante la mirada del mundo masculino indígena que aprendía a ser como el europeo.



Los conquistadores violaban a las mujeres de los indios frente a ellos. Las sometieron a ser sirvientas para "acostarlas". Se trataba de un sexo ilícito para mostrar su fuerza y así nació esa doble moral de un machismo importado que se impregnó como dominio y desprecio hacia la mujer indígena, porque a la española ya se le tenían varios siglos de un falso "respeto".

El molde de sexualización hacia la mujer indígena marcará el rostro y el resto de la opresión femenina, cuyo resentimiento histórico envenenó el ánimo social por la violencia experimentada; al mismo tiempo, una grave consecuencia se dio al negar la paternidad europea que anuló la presencia de sus primogénitos para mostrar su dominio y heredar la servidumbre. Despreciar al hijo que fue parte de sí mismo se volvió patrón cultural de vida impuesta en este continente. Aún hoy, estos resultados de la conquista siguen amoldando con variaciones del mismo tema.

Pero quien se refirió a La Malinche sin haberla conocido fue López de Gómara,[5] que no estuvo en el "nuevo mundo". El inconveniente de su obra es que la confeccionó con datos ajenos, tomados de anteriores cronistas que trabajaron con enfoques, estilos e intereses propios para establecer un orden en los acontecimientos, que complementó con lo dicho por Cortés.

Gómara precisó algunos datos de doña Marina y es quien la nombra como secretaria de Cortés. Detalla las labores desempeñadas durante el proceso militar y expone las responsabilidades aceptadas para trabajar con eficiencia su bilingüismo, sin mencionar si el idioma maya de doña

Marina fue un dialecto chontal o maya, o si su idioma náhuatl fue variante regional o central.[6]

Las ocho citas literales de su texto inician con el desasosiego de encontrar a alguien que impulsara las urgentes actividades comunicativas.

> Todo esto se había hecho sin lengua, porque Jerónimo de Aguilar no entendía a estos indios, que eran de otro muy diverso lenguaje, que no era el que él sabía; de lo cual Cortés estaba con cuidado y pena, por faltarles faraute para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquella tierra.
>
> Pero luego, salió della, porque de una de las veinte mujeres que le dieron en Potonchan hablaba con los de aquel gobernador y los entendía muy bien, como a hombres de su propia lengua; así Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió más que libertad si le trataba verdad y aquellos de su tierra, pues los entendía, y él la quería tener por su faraute y secretaria.[7]

Interesante resulta que enuncie que "salió de ella" el ofrecimiento para comunicarlos, porque de eso dependió la propuesta que Cortés le ofreció.

También confirma la aceptación del contrato que cambiará su situación social indígena anterior que tenía como esclava para ser empleada del ejército español, disponiendo de toda su eficiencia para "obtener más que libertad".

Así que, en su responsabilidad laboral y con tres cargos de intérprete, mensajera y secretaria, doña Marina realizó el trayecto hacia el centro de México donde debía iniciar, discutir y finalizar convenios con gobernantes, principales y guerreros.

Los antecedentes declarados por Gómara siguen causando controversia:



> Le preguntó [Cortés] quién era y de dónde. Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de hacia Xalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres y parientes del señor de aquella tierra, y que siendo muchacha la habían hurtado ciertos mercaderes en tiempos de guerra, y traído a vender a la feria de Xicalango, que era un gran pueblo sobre Coatzacualco, no muy aparte de Tabasco, y de allí era venida a poder del señor de Potonchan. [...] Esta Marina y sus compañeros fueron los primeros cristianos bautizados de toda la Nueva España y ella sola, con Aguilar, fue el verdadero intérprete [*sic*] entre los nuestros y los de aquella tierra.[8]

Pero al creer fielmente en las palabras que Cortés recordó cuarenta y siete años después, habremos de percatarnos de que esta información —ya referida— omite el nombre indígena de doña Marina que el bautismo le inhabilitó de su identidad prehispánica. La mención del lugar natal propiciará arduas discusiones entre muchos autores,[9] y omitir la estirpe social indígena que perdió al ser hurtada no anula la certeza de ser vendida como esclava a los comerciantes que a su vez la vendieron al cacique de Tabasco, que la regaló a Cortés.

Pero en realidad, la identidad social de origen, impuesta y adquirida, fue la misma: fue esclava en el mundo indígena y esclava "por liberar" en el mundo hispánico. Quizá esto haga concebir lo benéfico que pudo ser para ella aceptar el contrato de Cortés. Sobre todo pensar en la eficiencia con la que sorteará, con voluntad forzada o no, toda clase de trabajos durante el

proceso de guerra, con la finalidad de disfrutar el cumplimiento de la promesa, que no sólo ofrecía liberarla de su esclavitud anterior, sino "más que libertad", sin imaginar qué significaría esto más adelante.

Gómara nos permite acceder a la información sobre los discursos y efectos de comunicación que doña Marina desarrollaba ante los ciudadanos de varios pueblos con dominio mexica, donde manejaba varios temas cuya argumentación era clara para todas las esferas sociales. Su intermediación para negociar transacciones predisponía a la acción de todo un pueblo y la manera que tuvo de entender, informar, aclarar, negociar, advertir o asesorar operaciones fue imprescindible para lograr la conquista verbal que acompañaba a la conquista militar de Cortés y a la conquista espiritual de los clérigos que, sin su ayuda (La Malinche tradujo el contenido de las misas en latín al maya y al sentido mesoamericano), hubieran sido un fracaso.

Nuestro tercer autor, Bernal Díaz del Castillo,[10] deja sus memorias, veraces o no, de un pasado narrado con indignación y reclamo por la omisión de personas que él consideró valiosas. Memorias que afloran a los 86 años, antes de fallecer, siendo sordo y ciego, sin desear más que dejar su testimonio como herencia paterna. Su origen social no lo deja pasar por alto a personajes y sucesos inexcusables. Coloca mujeres, indígenas, soldados, caballos, naves, pueblos, poblaciones, capitanes, y en especial, dedica un apartado a doña Marina. Le concede un lugar particular por la importancia en la intervención armada y por el aprecio que le tuvo.

Su historia se convertirá en la base de datos interminable y discutible de los estereotipos que consigna con rostros cuya verdad es aceptada. Cortés, Moctezuma, Cuauhtémoc y sobre todo doña Marina, entre otros tantos, serán marcados con los datos parciales que Bernal estableció como absolutos y que contienen evaluaciones de una realidad construida sólo por él.

Bernal elogia las acciones cotidianas de doña Marina cuando predica o negocia, nos lega la descripción eterna de doña Marina y diseña una geografía cuyos lazos no siempre tienen conexión, pero que nos da pie a admirar a esta india a quien le reconoce su eficaz capacidad e inteligencia.

Tres

Pero esa mujer concreta de la conquista militar, espiritual y verbal hispánica va a convertirse en un personaje mítico, histórico e ideológico. Un personaje que mortificará a cuanto autor lea algo de su vida para volverse en un engorroso problema inagotable como inagotable es la realidad misma.

La configuración de su mitomorfosis (construcción de identidad) se transformará en una *organización social discursiva* debatida por movimientos ajenos y partidarios, donde cada rasgo parcial dado por alguno de los autores anteriores tomará rumbos insospechados que fortalecerán un proceso de fabricación que no le corresponde a doña Marina, sino a sus diseñadores.

Todos los aspectos heterogéneos, la creación de falsos tiempos, la recuperación de datos laterales, van a ser aprovechados para abrir más configuraciones y lograr, en cada final de obra, una "estabilidad" del personaje. Las formas generadas en el uso común del saber histórico acumulado se harán más complejas porque van a reproducirse en esferas de la cultura popular que, con su conocimiento —que no corresponde a una historia formal—, crea expresiones de un orden ideológico asumido colectivamente.

Este saber "común" sobre doña Marina se consulta en enciclopedias, en biografías mínimas o en diccionarios que facilitan las tareas escolares donde muchas veces la definen así:

> Su figura ha dado nombre al complejo social de apego a lo extraño con desdén de lo propio, que suelen llamar "malinchismo". No es digna de censura quien por amor y convicción fue ayuda de los que vinieron a develar una cultura para lanzar en ella una nueva de forma de pensamiento y vida.[11]

A veces, a la figura histórica se le enjuicia en canciones mexicanas contemporáneas:

> Chulada de maíz prieto, cuanta pena me das que te apene ser morena, triste güera oxigenada, dizque rubia superior. Me relleva la tostada, ya cambiaste el molcajete por licuadora de broche. ¡Pinche Malinche!, lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc.[12]

Tanto en obras de teatro como en danzas relativas a la conquista de México —que varían en las entidades del país—, se ejemplifica la función social de La Malinche, como Jesús Jáuregui comenta:

> Esta danza de la conquista es la dramatización conmemorativa a cuatro voces —el relato, la música, la danza y la actuación— del gran rito de paso de México. [...] La conquista no fue, pues, sólo territorial, sino que se entregaron mujeres aborígenes a los europeos, por eso la necesidad, en este relato, del mitema de la "conquista amorosa de Marina". Pero la entrega de Malintzin tiene su

> contradon aquí: los indígenas, nada menos que por voz de Cuauhtémoc, reciben a cambio a la "Virgen seductora", mas no en calidad de esposa, sino como "madre espiritual..."[13]

Otras veces aparece en los residuos de una esencia cultural mesoamericana donde a doña Marina se le asocia con la diosa Malinalxochitl, hermana de Huitzilopochtli, fundadora del pueblo de Malinalco, a quien se temía por ser gran hechicera que mandaba víboras, alacranes y arañas a emponzoñar a quienes la hicieran enojar.

Estas modalidades discursivas populares forman a distintas "Malinches" que representan a un personaje que sirve como ejemplo de sumisión de la mujer mexicana o como ejemplo de liberación femenina. La representación de ella en las plazas de los pueblos, en los cantos de las pirámides, en escenarios teatrales o en películas da lo mismo, y esto se debe a que los académicos han sido quienes contribuyen a conservarla en la historia de México.

Ellos han ampliado su protagonismo, concibiéndola como resultado de una escritura colectiva que a nadie ofende, al contrario, nadie se siente plagiado o plagiario, pues parece no haber desvirtuación del personaje, sino creatividad, mucha creatividad para proponer otros supuestos. Ese constante rediseño de detalles, actitudes, gestos, acciones inesperadas y caprichos emocionales no pertenece propiamente a doña Marina, sino a los autores que exponen sus propias actitudes emocionales y mentales. No reparan en sus creaciones propias, más bien se ocultan para dejar ver, ocasionalmente, una opinión que aparenta ser parte del personaje y no de sí mismos.

Nadie cuestiona a los portavoces de esas ideas porque es gente a quien las instituciones nacionales reconocen con el prestigio suficiente para poder hablar de nuestra historia. Convencen al lector sobre la veracidad de lo que aseguran y concluyen su creación individual templando al personaje.

Las alteraciones que le han hecho a doña Marina la multiplican para formar configuraciones donde el autor no sólo ve y sabe todo aquello que sabe de su personaje, separado o junto a otros, sino que asegura ver y saber mucho más que la propia Marina, incluso aquello que por principio sería inaccesible para ella.

Sus distintas hechuras tienen una producción, circulación, distribución y consumo agigantada y lejos quedaron esos pocos aspectos significativos que informaron los autores hispánicos del siglo XVI, quienes no tuvieron intención de construir una heroína histórica, ni malvada ni benéfica, sino mencionar a una persona importante en los acontecimientos.

Pero los investigadores no cejan en fabricarla y están convencidos de que "declarar que doña Marina es un personaje controvertido es caer en una conversación plana o cuando menos en un pleonasmo. Otro problema grave cuando se habla de ella es la aparente escasez de fuentes o su poca confiabilidad y la muy probable ocurrencia de que todos digamos lo mismo".[14]

Sin embargo, el lugar asignado por los académicos le ha dado a doña Marina el derecho de mantenerse callada, de estar silente y escuchar los sentidos contrapuestos que la definen: mujer, niña o joven, india cacica o esclava, traductora o creadora de discursos, pasiva y obediente o activa y participativa, siempre referida, atrozmente invisible, pero conveniente esencial para la repetición del discurso ya vuelto mito.

El afán de rehabilitar sus renacimientos para convertirlos en elocuentes modificaciones detona un funcionamiento inmediato de acontecimiento discursivo convertido en un proceso de "identidad" mexicana de raíz, de historia y también de desconocimiento. Sus nombres moldeados a razón de todo tipo de justificaciones: doña Marina, Malinche, Malintzin, Malinalli, Tenépatl y La Chingada son derivaciones injertadas y ya traspoladas a las mujeres mexicanas, porque hemos sido herederas de la original "madre rajada"[15] y somos ya las Chingadalupes.[16]

Cuatro

Cabría entonces preguntarse: ¿por qué doña Marina es importante como mito? Sabiendo que cualquier sociedad humana tiene necesidad de establecer sus orígenes de identidad social, es natural recurrir a informaciones que "expliquen" los cimientos sociales. Por eso, las crónicas, memoriales o testimonios, orales, gráficos o escritos, fortalecen una conciencia social compartida. Sobre todo si estos recursos nos acercan a comprender la causa de la separación de las relaciones sociales[17] que distancian a los seres humanos y saber que el mito además de ser una búsqueda de identidad es un acto político.

Los espacios mentales míticos se usan de manera inconsciente, ya que se adquieren en la repetición de prácticas discursivas que fijan en nuestra memoria una identificación de estereotipos, cuestión inacabada en doña Marina, pues las cargas de sentidos son tan dispersas que no hay una distinción nítida entre el personaje y sus creadores.

Ellos no pueden dejar de acrecentar el *mitodiscurso*, pues no habría más hipótesis en las cuales trabajar para incrementar el número de textos que proponen las distintas formas de "entenderla". Al contrario, es la relación entre los discursos, las tesis, las hipótesis y las conclusiones donde se mantienen los "avances" hacia otras perspectivas, contando además con que el mito persista aún sin estructuración completa.

Para mostrar el complejo argumentativo cuyas voces no acaban de coincidir en el montaje, me tomo la libertad de ejemplificar algunas polifonías desconcertantes, extraídas de los interdiscursos de autores prestigiados donde ese proceso de la organización discursiva toma a doña Marina como fundamento.

Alguno autores se empeñan en describir la incognoscible fisonomía de doña Marina como lo hace Orozco y Berra:

> Una joven de talle elegante, de extraordinaria hermosura y delicadas formas, de raros talentos, de distinguida calidad, aunque no lo mostraba su traje.[18]

En cambio a Jane Lewis Brant le parece que:

> Malintzin era de fino talle, de elegantes y bellísimas facciones, con firmeza en la mirada, la nobleza de sus ademanes, mostraba el natalicio distinguido en alguna tierra de mujeres hermosas...[19]

Hay quien subrayando su aspecto físico explica las razones que tuvo para ser menospreciada, como Cecilio Robelo:

> Nuestra Llorona, la Malinche, la Malintzin de las épocas de la conquista, la hermosa joven azteca. [...] El conquistador abandona a la que fue juguete de sus antojos y le ordena casarse con Juan Jaramillo y ella muere corrida por el remordimiento más tremendo, tenía que ser su castigo como inmensa era su falta; había sido traidora a su pueblo, a su patria y a su rey y, por lo mismo, le fue negada la paz bienhechora de la tumba.[20]

Otros hacen hincapié en la explotación como mujer, y Linda Henderson agrega:

> La vida de Malinalli como esclava de los tabascanos fue un diario afanarse con trabajos penosos. Hubo maíz que sembrar y pan que hacer. Las fiestas religiosas reclamaban cocinar muchos platos especiales y coser ropajes decorados con plumajes bordados.[21]

Harto de lecturas y queriendo dejar en claro su evaluación histórica, Roger Bartra comenta:

> La Malinche —en la leyenda mexicana— es la gran prostituta pagana: fue la barragana de Hernán Cortés y se ha convertido en el símbolo de la traición femenina. Malintzin fue hija de los caciques de Painala; siendo pequeña murió su padre y su madre se casó con otro cacique, de quien tuvo un hijo. Aquí se inicia la historia de traiciones femeninas. [...][22] La Malinche, Eva mexicana bajo cuya sombra pecadora todavía viven todos sus hijos.[23]

Pero también hay explicaciones para pacientes psicológicos que no deben faltar, como los de Ricardo Díaz Conty:

> Desde su temprana infancia, Malinalli o Malintzin sufrió una serie de pérdidas trascendentales: la del amor materno, la del objeto edípico, la de la madre nuevamente (con el padrastro y el hermano), su herencia y su paisaje, así como su condición social. Sintetizando las opiniones de sus historiadores, surge claramente la imagen de una Malintzin inteligente, seductora, hermosa, en particular de cuerpo y con esa singular capacidad de relación tierna que tiene el maniaco depresivo.[24]

Pero al tener que relacionarla con otros personajes de su época hay quien la relaciona con la supuesta condición de la mujer de una manera fantástica como lo sabe hacer nuestro Premio Nobel, Octavio Paz:

> Por contraposición a Guadalupe, que es la madre virgen, la chingada es la madre violada. Guadalupe es la receptividad pura y los beneficios que produce son del mismo orden: consuela, serena, aquieta, enjuga lágrimas, calma las pasiones. La chingada es aún más pasiva. Su pasividad es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. Su mancha es constitucional y reside, según se ha dicho más arriba, en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina. Si la chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias.

Para establecer una contundente definición histórica sobre doña Marina, que ya es conocida en 56 idiomas por el libro que circula con más de mil ejemplares anuales, Octavio Paz no titubea:

> El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al conquistador,

pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a Malinche. Ella encarna lo abierto, lo chingado, frente a nuestros indios, estoicos, impasibles y cerrados. De ahí el éxito del adjetivo despectivo "malinchista".

Los malinchistas son los partidarios de que México se abra al exterior: los verdaderos hijos de la Malinche, que es la chingada en persona. El mexicano no quiere ser ni indio, ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega. Y no se afirma en tanto mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada.[25]

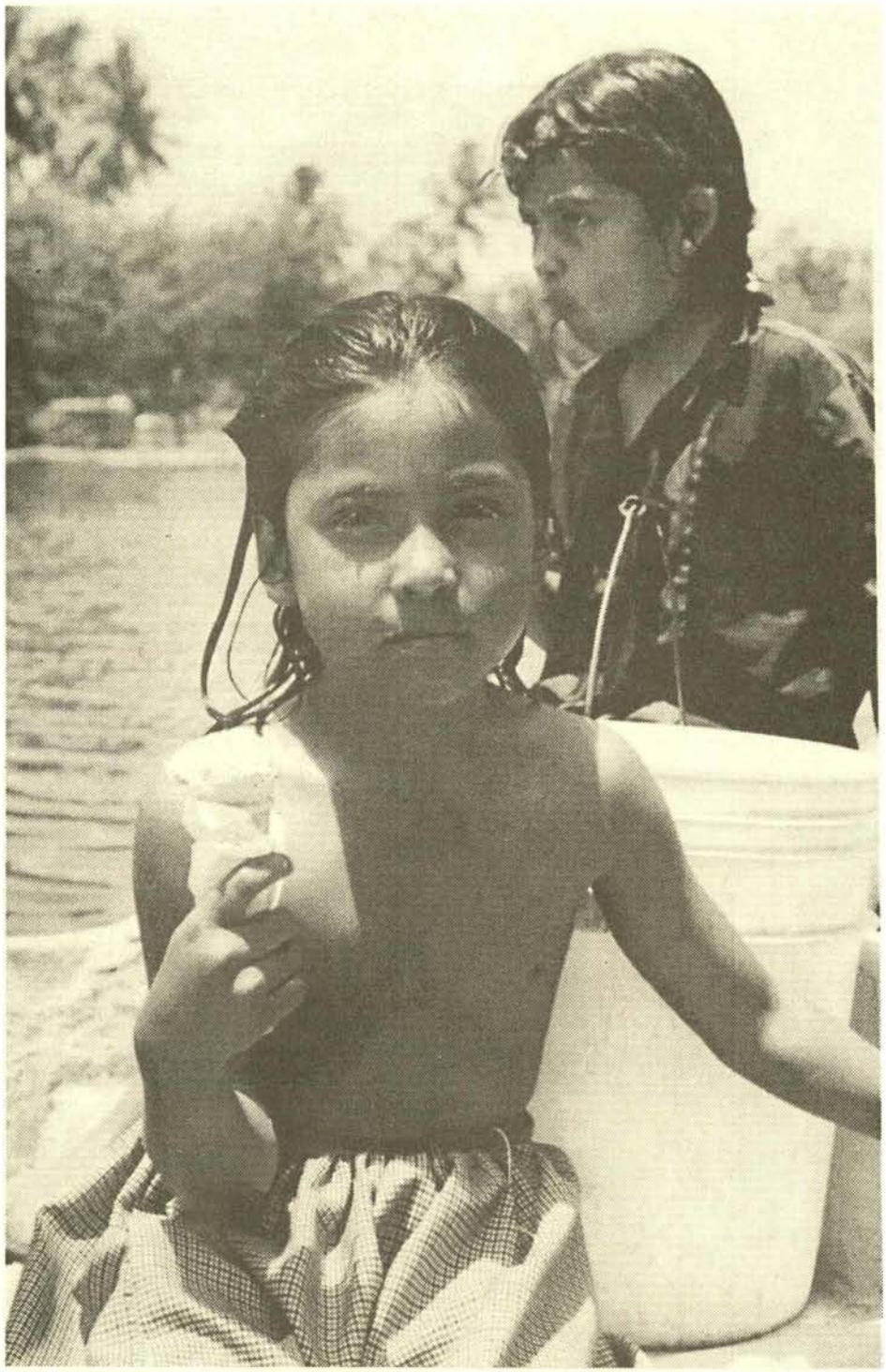
Y por supuesto, hay discursos contestatarios ante esta postura que, por lo general, hacen mujeres académicas como Shirlene Soto, que reclama:

La Virgen de Guadalupe y La Malinche son estereotipos culturales que han sido históricamente utilizados para controlar la conducta femenina y para definir la feminidad. Además, estos modelos han sido culturalmente conflictivos para las mujeres, han reforzado el angosto y estereotípico contraste entre los modelos de la "mujer buena y la mujer mala" y han limitado seriamente las clases de papeles más aceptables que las mujeres pueden asumir en la cultura tradicional mexicana-chicana. En mi opinión, la Malinche ha sido definida esencialmente a partir de su sexualidad, más que ser reconocida por su inteligencia, su determinación, su coraje y su diplomacia en los momentos de gran incertidumbre y peligro.[26]



Sin embargo, a partir de estos interdiscursos que tratan de diferenciar la función social de doña Marina, como personaje mítico en la historia formal de nuestro país, muchos coinciden en que la línea más fuerte la lleva al ser símbolo de mestizaje y se señalan las repercusiones de ello, como lo hace Tzvetan Todorov:

Yo, por mi parte, la veo con una luz totalmente diferente: es ante todo el primer ejemplo, y por lo mismo, el símbolo del mestizaje de las culturas; por ello anuncia el Estado mexicano moderno y, más allá de él, el estado actual de todos nosotros, puesto que, a falta de ser



siempre bilingües, somos inevitablemente bi o triculturales. La Malinche glorifica la mezcla en detrimento de la pureza (azteca o española), y el papel intermediario. No se somete simplemente al otro (caso desgraciadamente más común: pensemos en todas las jóvenes indias, "regaladas" o no, de las que se apoderan los españoles), sino que adopta su ideología y la utiliza para entender mejor su propia cultura, como lo muestra la eficacia de su comportamiento, si el "entender" sirve aquí para "destruir".[27]

Quienes se dedicaron durante años a una investigación profunda de su trayectoria histórica llegan al punto donde Fernanda Núñez expresa resignada:

> ¡Pobre Malinche!, no pudimos saber ni tu nombre ni tu origen y de hecho nada de tu vida. Parece que quisieron sumirte en el olvido y, como otros ya lo dijeron después, si entraste a la historia fue por casualidad, como todas las mujeres. Ni tu edad, ni la fecha de tu muerte, ni dónde reposan tus restos podemos saber. ¡Pobre Malinche!, sin rostro y sin edad, con razón anda por ahí todavía tu alma penando en las fuentes de Chapultepec y la laguna de Texcoco.[28]

Éstos y otros más son los argumentos que se han hecho de ella, sobre ella, para ella o con ella, para formar el mitodiscurso sin preguntarse: ¿Para qué sirve argumentar, circular o consumir la aceptación, rechazo o reconstrucción de una doña Marina cuyo consenso no homogéneo valida siempre un presente cultural permanente y su personaje representa una memoria de ultraje? ¿Qué necedad tenemos de mantener a doña Marina en la historia de México?

Cinco

Ella es un mito no necesario ni suficiente, pues su productividad asigna una identidad social amorfa y autodestructiva. No da cohesión de pertenecer a una unidad social. Al contrario, parece refrescar que seremos estigmatizados con un mestizaje permanente que nunca sabrá ni a dónde pertenece ni a dónde se dirige como sociedad.

No es un mito productivo que dé sensación de seguridad con respecto al sentido de nuestras propias actitudes sociales frente a otras creencias, valores y proyectos, sobre todo en el momento actual de ingreso a la globalización económica, a no

♦♦♦

ser que se le empiecen a delinear rasgos donde su figura sea un símbolo de entrega al extranjero con eficaz servicio a la globalización actual.

Tampoco refleja una identidad que preserve una identificación social, al contrario, las famosas plumas de la historia han creado una *mitodiscursividad* ideológica inacabada que ve en la mujer mexicana su condición de esclava, sirvienta y puta a falta de reconocimiento de los méritos de doña Marina y, más en el fondo, ese mensaje misógino persiste.

Más bien se trata de un racismo histórico que desprecia nuestro origen mesoamericano y a las mujeres indígenas al continuar desprestigiándolas y anulándolas como nos lo enseñó a identificar la sociedad hispánica de hace quinientos años. Visión de humillación histórica de la que algún día tendremos que desprendernos. ¿O no?

Pero los estereotipos fabricados de doña Marina siguen teniendo el problema del espejo roto: al querer recoger alguno de sus fragmentos se reflejan mil rostros, mil discursos, mil posturas, mil lecturas. Tarea enmarañada porque aunque se recoja el pedazo más pequeño, éste va a estar condenado a reflejar múltiples situaciones ideológicas derivadas de quien ve, en esta mujer india, una mujer cuyas decisiones propias, reales o impuestas, voluntarias o no, al participar en los hechos de conquista o derivar de ellos otros, no le pueden negar su exacta, eficiente contribución al cambio social mexicano que, nos guste o no, ella hizo. ♦

Notas

[1] Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

[2] Martínez, José Luis, *op. cit.*, p. 51.

[3] Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Porrúa, 1974.

[4] Utilizo el verbo *sexar* porque me permite mantener neutra la referencia de la actividad genital sin distinción de géneros. El sentido social asignado a expresiones sexuales femeninas ("hacer el amor", "me ocupó", "estuve con él") o masculinas ("me la cogí", "se la metí" o "la enchufé") se carga de significaciones ideológicas. Considerar *sexar* como verbo en infinitivo permitirá dirigir la conjugación a la acción misma sin que intervengan sentidos ideológicos impuestos a los cuerpos sexuados.

[5] López de Gómara, Francisco. *Historia de la conquista de México*. Porrúa, México, 1988.

[6] Otto Shumann argumenta que el náhuatl que Marina habló en su niñez tuvo las marcas sureñas del imperio mexica. Dialecto que difería con el náhuatl central de Tenochtitlán. Esto explica por qué los castellanos equivocaron la pronunciación y escritura de las palabras en el idioma náhuatl. *Cortés the conquer by his secretary*, Berkeley, 1964, no. 4, p. 100.

[7] López de Gómara, Francisco, *op. cit.*, capítulo 24, p. 41.

[8] López de Gómara, Francisco, *op. cit.*, capítulo 26, p. 48.

[9] Orozco y Berra, Manuel. "Malitzin", en *Diccionario universal de historia y geografía*, tomos II y IX, pp. 772-778, imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1856.

[10] Díaz del Castillo, Bernal, *op. cit.*, nota 8.

[11] *Diccionario etimológico de mexicanismos*.

[12] Botellita de Jerez, "Guacarock de la Malinche". Disco MCM 122240. *Naco es chido*, edición Karrusell, Poligram, México, 1979.

[13] Jáuregui, J. J., *et al. Danzas de conquista. México contemporáneo*. FCE-CNCA, México, 1996, pp. 402-437.

[14] Glantz, Margo. *La Malinche: sus padres y sus hijos*. Nota introductoria, Colección Jornadas, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1994, p. 7.

[15] Paz, Octavio. *Laberinto de la soledad*. FCE, México, 1989, p. 110.

[16] Bartra, Roger, "A la chingada", en *Jaula de la melancolía*. Editorial Grijalbo, México, 1987, p. 222.

[17] Hinkelammert, Franz) *La fe de Abraham y el Edipo occidental*. Editorial Dei, San José de Costa Rica, 1989.

[18] Orozco y Berra, *op. cit.*, p. 773.

[19] Brant Lewis, Jane. *La chingada*. Pocket Book, New York, 1979.

[20] Robelo, Cecilio A., "La Malinchi", en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología. Historia y etnología*, tomo II, número 13, México, junio, pp. 259-262.

[21] Henderson, James D., & Henderson, Linda R., "Malinche, 1504?-1528?", en *Ten notable women in Latin America*, Nelson-Hall, Chicago, 1978, pp. 1-20. Traducción mía.

[22] Bartra, Roger, "A la chingada", en *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México, 1987, pp. 205-224.

[23] Bartra, Roger, "Los hijos de La Malinche", en *Semanal de La Jornada*, nueva época, número 198, 28 de marzo de 1993, pp. 16-18.

[24] Díaz Conty, Ricardo, "Malintzin Tenépatl y la Virgen de Guadalupe: un estudio sobre la identidad mexicana", en *Memorias del XVI Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis y del XI Pre-Congreso Didáctico*, tomo I, Ediciones FEPAL, México, 1988, pp. 350-351.

[25] Paz, Octavio, *op. cit.*, pp. 77-79.

[26] Soto, Shirlene, "Tres modelos culturales: La Virgen de Guadalupe, La Malinche y La Llorona", en revista *Fem: Homenaje a las chicanas*, 1987, pp. 23-27.

[27] Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. La cuestión del otro*. Siglo XXI, México, 1987, pp. 108-109.

[28] Núñez Becerra, Fernanda. *La Malinche, de la historia al mito*. Colección Divulgación, INAH, México, 1966, pp. 64-65.